AÑO XXIII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

NUM. 30.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Cuna adornada con tiras bordadas. — Albornoz.—Cuna sin la guarnicion.—Colcha al crochet.— Borla plana.—Cabo de corbata.—Grabado de modas. — El amor segun los locos.—El sargento Simon.—El corredor de playa.—El salto del caballo.—Nuestra incredulidad. — Problemas de ajedrez.—Explicacion del figurin luminado.

Cuna adornada de tiras bordadas.

Esta cuna puede ser tan sencilla como se quiera. Puede hacerse de mimbre, de madera ligera, etc.—Se cuelga por medio de ganchos *á un pié, mas ó menos* adornado, de madera mas ó menos preciosa. La cuna se forra por fuera de percalina rosa para una niña, azul para un niño, si es que se quiere seguir la costumbre de Paris, la cual consagra el rosa para el sexo femenino y el azul para el masculino duante su primera infancia. Los volantes son tiras de nansouk con bordado inplés, y sobre ellas entredoses del mismo género, forrados de percalina rosa ó azul. El pabellon cito, que se puede echar hácia atrás como el fuelle de un carruaje, está revestido de percalina, y cubierto por un velo de nansouk, orlado por entredoses y tiras bordadas. Los rizados son de tafetan recortado rosa ó azul. Los pequeños pilares que sostienen el pabellon terminan en bolas de madera ó metal. Lazos de cinta completan la elegancia de esta linda cuna.

CUNA ADORNADA DE TIRAS BORDADAS.

Colcha al crochet.

MATERIALES.—Algodon Bresson mas ó menos grueso: algodon encarnado (de marcar) del mismo grueso que el blanco; un crochet adecuado.

Las rosetas que componen esta colcha representan un narciso, y pueden reunirse en cuadro ó en exágono si se quiere hacer un cogin ó un velo de butaca. Publicamos tres dibujos para esta labor: el uno la representa en tamaño natural; el segundo es el exágono, el tercero el cuadrado en tamaño reducido. Segun la disposicion que se dé á las rosetas, se puede hacer un cogin redondo, un asiento de taburete, ó un velo de butaca.

Gran roseta.—Se hace una cadeneta de 16 puntos, el último de los cuales se une al primero. Para formar la primera hoja de la flor, se hacen: * 11 puntos en el aire,—se pasa el último de estos puntos; sobre el siguiente se hace una media brida, en cada uno de los otros 9 puntos se hace una brida comun,—en seguida 1 punto-cadeneta hecho en el 2.º punto del anillo primitivo, de modo que con la hoja que acaba de hacerse se ha pasado por encima de un punto del círculo. Se vuelve á principiar 7 veces desde *. Cuando se han terminado las 8 hojas, se hace todo al rededor una fila de puntos-cadenetas, colocando en la punta de cada hoja, en un solo punto, 2 puntos-cadenetas separados por 1 punto en el aire. Se hace un segundo círculo semejante al anterior, rodeado por el mismo número de hojas; se coloca este segundo círculo en el primero, de modo que las hojas se hallen entre las hojas de este primer círculo; se los reune por una vuelta de puntos en el aire; para la cual se pica el crochet primeramente en la punta de las hojas del primer círculo; se hace 1 punto sencillo, — * 7 puntos en el aire,—1 sencillo en la mas próxima punta de una hoja perteneciente al 2.º círculo, — 7 puntos en el aire, —1 sencillo en la mas próxima punta de una hoja perteneciente al primer círculo. Se vuelve á empezar desde * hasta el fin de la vuelta, y se liga el último punto con el primero.

2.ª *vuelta.* — Se hacen algunos puntos-cadenetas para llegar al punto del medio de los 7 primeros en el aire,—* 8 puntos en el aire,—1 sencillo en el

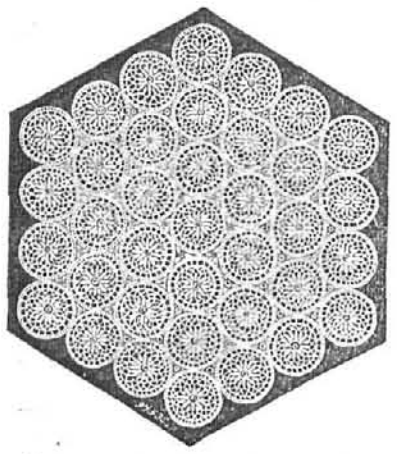
© Biblioteca Nacional de España

medio de los 7 en el aire siguientes. Se vuelve á empezar siempre desde *.

3.ª *vuelta*.—Algunos puntos-cadenetas para llegar al medio de los puntos en el aire; se repite lo dicho para la vuelta anterior, pero haciendo en lugar de 8, 9 puntos en el aire.

4.ª *vuelta*.—En cada punto uno sencillo.

5.ª *vuelta*.—4 puntos en el aire para formar la 1.ª brida,—* 2 puntos en el aire,—se echa la hebra sobre el crochet como si se quisiera hacer una doble brida; se sacan las hebras al través del 2.º punto de la vuelta anterior, se pasa esta hebra una vez á través de los bucles que se hallan sobre el crochet; por consiguiente, se tiene sobre él 3 bucles. Se pasa por cima de un punto, se pica el crochet, se saca la hebra a través del punto siguiente, y una vez á través de las hebras que están sobre el crochet, y se termina el punto pasando la hebra cuatro veces á través de los bucles que se hallan sobre el crochet; se hace otro punto en el aire y una brida comun en el punto que reune las dos bridas inferiores, — lo cual completa la cruz.—Se vuelve á comenzar siempre desde *; pero por debajo de los 2 puntos en el aire que separan dos cruces, se pasa una vez un punto, y la siguiente dos puntos de la vuelta anterior. Al fin de la vuelta, se completa una cruz con la brida compuesta de 4 puntos en el aire, á fin de que el dibujo no esté interrumpido en ninguna parte.



EXÁGONO FORMADO CON LAS ROSETAS DE LA COLCHA.

6.ª *vuelta*.—Se compone de puntos sencillos, sin ningun crecido: en la 7.ª y 8.ª vueltas, igualmente compuestas de puntos sencillos, se crece aqui y allí, á fin de mantener la roseta bien redonda.

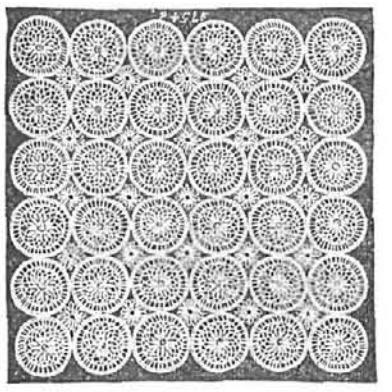
Queda que hacer el corazon de relieve. Se hace una cadeneta de 5 puntos, reuniendo el último con el primero; se trabaja en espiral durante unas 8 vueltas, y haciendo puntos cadenetas, y alguno que otro crecido, pero raro, á fin de dar al corazon poco mas ó menos la forma de un dedal. La 8.ª vuelta se compone de 18 puntos; todas las vueltas se hacen de dentro afuera; en la 8.ª se trabaja con algodon encarnado, y en cada punto se hacen 2 en el aire,—1 sencillo, para formar el borde dentado. Se ata la hebra, y luego se fija el corazon en el centro de la roseta.

Florecitas colocadas entre las rosetas.—Se hace una cadeneta de 6 puntos, y se une el último al primero; se rodea este círculo con tres hojas semejantes á las que se han descrito para el principio de la roseta grande, pero cuya vena tiene 7 puntos en el aire en vez de 11. Se pasan los dos últimos de estos 7 puntos; en el siguiente se hace una media brida; en cada uno de los otros 4 puntos, una brida comun. Cada hoja se liga al círculo primitivo, como se dijo al tratar de la roseta grande. Los contornos exteriores de las 3 hojas se orlan con puntos sencillos, y se hace un corazon mas pequeño que antes, compuesto de 6 vueltas de puntos-cadenetas, la 6.ª tiene 15 puntos. Sobre ella se hace un borde dentado con algodon encarnado, y este corazon se fija en el centro de la florecita. Las grandes rosetas y las flores se cosen unas con otras en el órden indicado en nuestro dibujo.

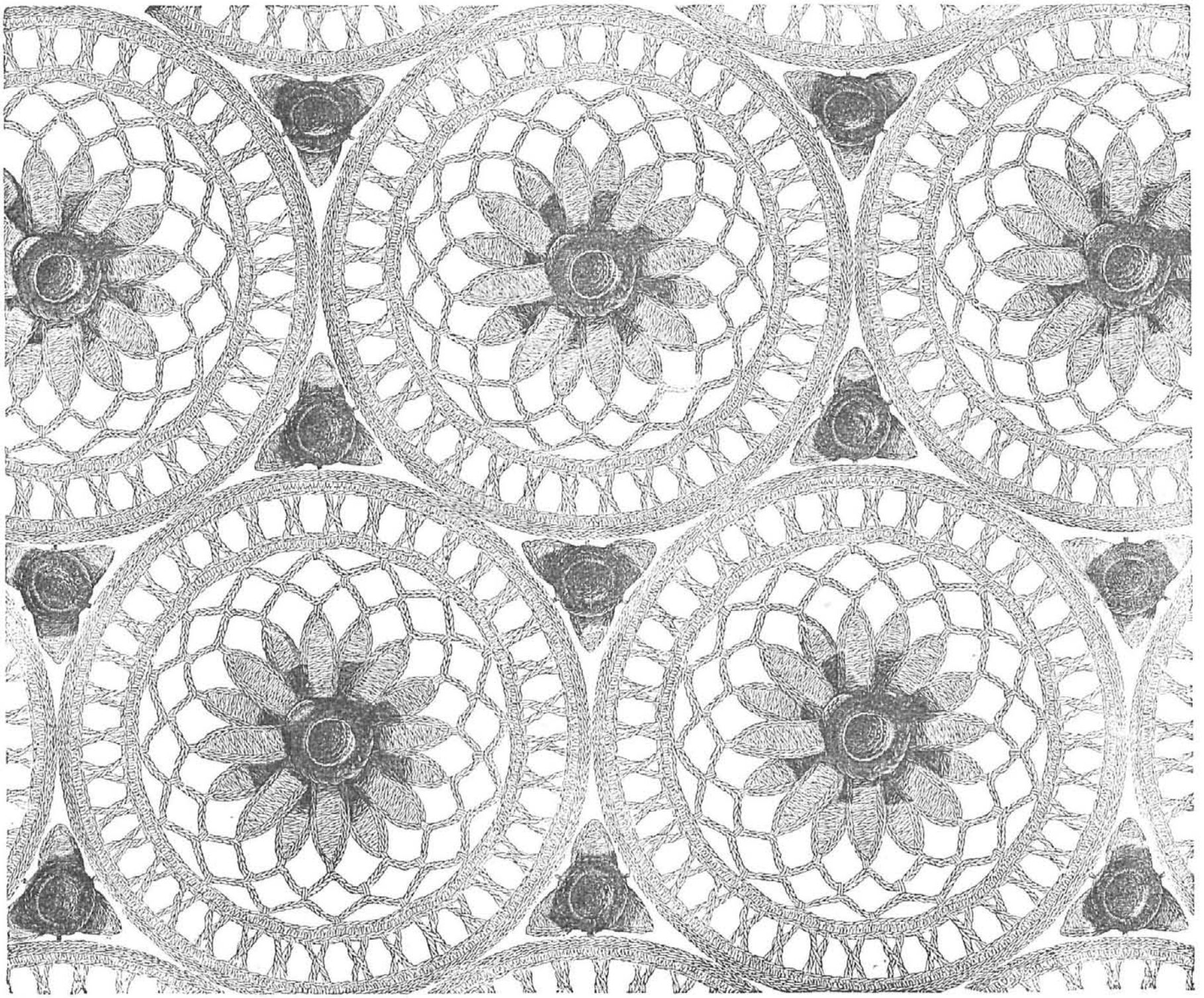
Si la colcha se quiere cuadrada, se sustituirán las florecitas con narcisos mas pequeños que los del centro de las rosetas. Para ellos se hace una cadeneta de 16 puntos, se la rodea con 8 hojas; pero cada una se comienza por 8 puntos en el aire, cuyo último se pasa; se hace una media brida en el punto siguiente, y una brida en cada uno de los otros. Lo demás del narciso es como se dijo antes, pero se le rodea con una vuelta de festones hechos con puntos en el aire que reunen las hojas de las dos partes del narciso. Estos y las rosetas se disponen segun indica el dibujo cuadrado. Esta labor se termina por un fleco de algodon blanco anudado en cada punto.

Tres albornoces árabes.

Este año se llevan mas que nunca albornoces árabes de todas telas; — se emplea para ellos la cachemira negra, azul, violeta, las telas á cuadros escoceses; y para equipos de tarde, los tegidos blancos, con listas alternativamente mates y claras; tambien se ven iguales á los trages á que acompañan.



ASPECTO DE LA COLCHA CUADRADA.



COLCHA AL CROCHET.

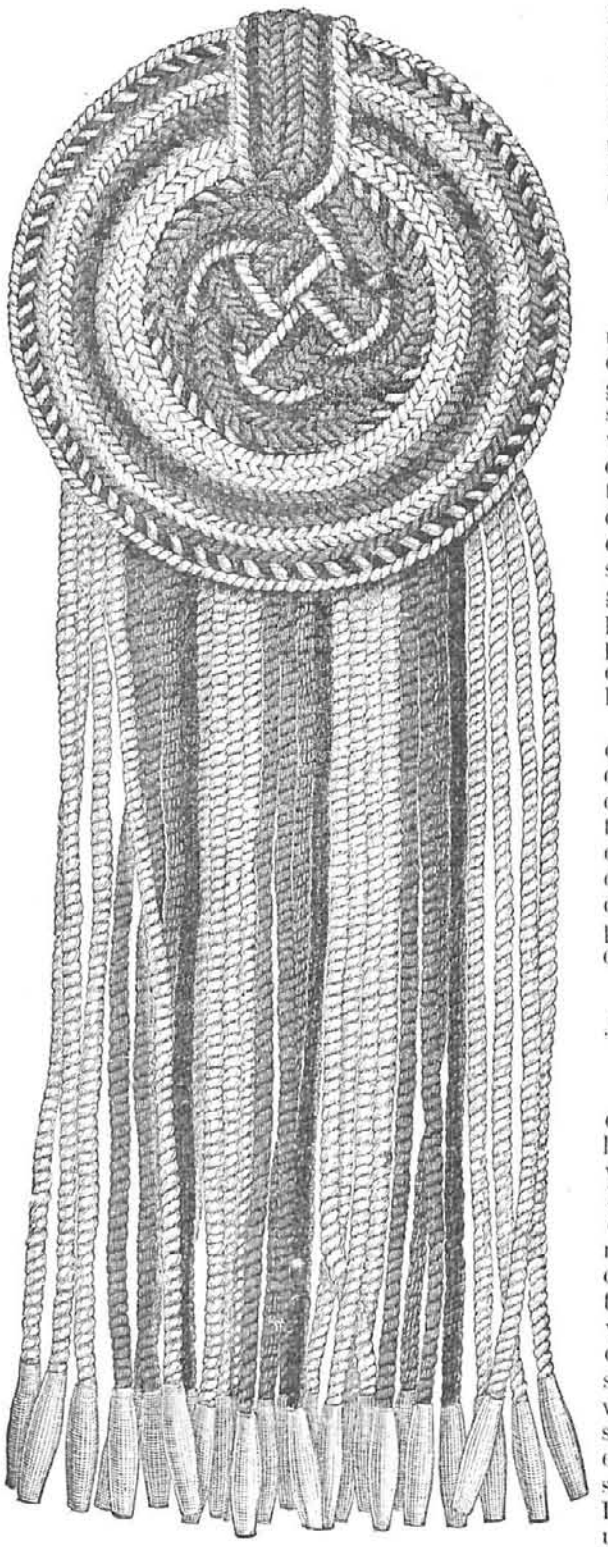
© Biblioteca Nacional de España

Albornoz n. 1. — Comenzaremos por esta forma, que es la mas sencilla de todas. Se toma un cuadrilongo que tenga 3 metros y 52 centímetros de largo, por 1 metro y 36 centímetros de ancho. El ancho de la tela representa el alto del albornoz. Se redondean las esquinas inferiores, y se hallará en el patron colocado junto á los dibujos una línea de puntos que indica este corte; la línea parte desde la esquina de delante; se dirige hácia el medio, y se detiene á 24 ó 25 centímetros de distancia del dicho medio del albornoz. El borde superior se orla por el revés con una tira de tafetan mas ó menos ancha, segun se quiera, del color de la tela del albornoz, el cual solo lleva al rededor un simple dobladillo. Para formar la capucha se dobla la tela por su mitad á lo largo, en el sitio señalado en el patron por la palabra *medio*; á 49 ó 50 centímetros *de este pliegue, en el sitio marcado por un punto* á cada lado del patron, se cosen uno con otro los dos bordes del albornoz. El espacio que se extiende desde la estrella hasta el punto es de 30 centímetros y figura la abertura del cuello. Sobre cada estrella se pone un corchete; se agregan al albornoz tres borlillas ligeras, una colocada en la punta inferior (*principio del pliegue que* forma la capucha); el 2.° en el medio de la abertura; el 3.° sobre los puntos. Si el albornoz fuese de tela gruesa, se le podrá adornar con borlas planas, cuyo modelo publicamos en el presente número.

N.° 1.—CABO DE CORBATA.

Albornoz n.° 2.—Necesitando la capucha de este alguna mas tela que la del anterior modelo, serán menester para el albornoz de que se trata 3 metros y 65 centímetros de tela que tenga 1 metro y 32 centímetros de ancho. — Despues de haber hecho un dobladillo todo al rededor, se miden en el borde superior, contando desde el medio, 54 centímetros por cada lado,—luego desde el borde superior, en su medio, dirigiéndose de arriba abajo, 10 centímetros y medio; desde esta última línea se mide por cada lado una curva que se dirige hácia el punto indicado en el patron, el cual señala por cada lado el extremo de los 54 centímetros medidos, segun se dijo al principiar el albornoz. Esta curva se indica en el patron por la línea pequeña de puntos; sobre la expresada curva se hacen pliegues en la tela, dejando sin embargo por cada lado, hácia el punto, un espacio liso de 7 centímetros. El pliegue del medio debe ser doble, con 3 centímetros de profundidad; á cada lado de este hay 4 pliegues sencillos, que disminuyen de amplitud segun se van aproximando al punto. El último pliegue no tiene 2 centímetros de profundidad; el espacio que separa uno de otro es semejante al que ocupa cada uno. El ancho de la curva (despues de hechos los pliegues), desde el medio hasta el punto, por cada lado, no es ya sino de 32 centímetros. Se coloca la tela punto sobre punto, se la cose por el derecho á punto atrás (los dos bordes juntos) desde el medio hasta el punto de la curva plegada. El dobladillo exterior de la parte plegada está aplanado por cada lado, y se le fija por algunos puntos; en el medio de esta parte *plegada se coloca* un rizado de tafetan de color adecuado ó que corte. Se cierra el albornoz con corchetes, ó bien con bridas de cinta.

Albornoz n.° 3.—Se toman 4 *metros y 42 centímetros de tela*, que tenga 1 metro y 42 centímetros de ancho; se señalan primeramente sobre la tela las diversas medidas indicadas en el patron por puntos, cruces, dobles puntos, etc. Las primeras líneas (puntos) se extienden por cada lado desde el medio, á 73 centímetros; las segundas (cruces) á 92; las últimas (dobles puntos) á 1 metro y 22 centímetros. El espacio que hay entre las rayitas numeradas es de 9 centímetros; la distancia entre la rayita marcada 7 y el punto inmediato es de 14 centímetros y medio. Se pone la tela punto sobre punto, cruz sobre cruz, se cosen los dos bordes juntos desde el punto hasta la cruz, y se forman con la parte que queda abierta desde el punto hasta el medio del albornoz, los pliegues indicados en el dibujo debajo de las dos borlas. Las rayitas numeradas del patron indican los pliegues que se hacen poniendo la rayita 1 sobre la 2, las dos rayitas sobre la 3, las tres sobre la 4, y así sucesivamente, hasta que se hayan hecho 6 pliegues. Al hacer el 7.°, se pone al mismo tiempo la línea del medio sobre el punto, en la misma direccion que la costura que va del punto á la cruz, y así se fijan los dos lados de esta parte plegada, que se dirigen en sentido transversal. El segundo lado del albornoz se pliega como el primero. Los puntos dobles señalan el sitio de las borlas de delante. Las dos de detrás se ponen como lo indica el dibujo.



BORLA PLANA.

CUNA SIN LA GUARNICION.

Dos cabos de corbata.

N.° 1. — Corbata de tafetan grosella, hecha con una tira de 86 centímetros de largo; la vuelta del cuello tiene de ancho 2 centímetros y medio, luego la corbata se va ensanchando hácia sus cabos, segun la medida dada en nuestro dibujo. Para la vuelta del cuello, se coloca un forro de tul fuerte, de 1 centímetro de ancho, sobre el cual se cose el tafetan, de modo que la costura quede por dentro de la corbata. Los cabos se adornan con cinta negra muy estrecha, cosida por cada lado; en cada punta formada por estas cintas se ponen cascabelillos de cuentas negras.

N.° 2.—Las medidas son como las de la anterior corbata; — los adornos se componen de pedacitos de terciopelo negro, y arabescos ejecutados á punto de cadeneta con torzal blanco de seda. Guarnece cada punto un piquillo de encage negro.

N.° 2.—CABO DE CORBATA.

Borla plana, hecha de cordon de seda.

Las borlas de esta especie se emplean para todas las capas y albornoces de verano; el modelo que publicamos se hace con cordon de seda de dos colores. Se corta un pedazo de papel, y con un cordon cuadrado se forma una espiral plana de 3 centímetros de diámetro, la cual se fija atravesándola en varias direcciones con una aguja enhebrada con seda fina. Sobre este círculo se dispone el cordon de seda cosiéndolo, y se aseguran los cabos de los diversos cordones siempre en el mismo sitio unos sobre otros. La roseta se separa del papel, y por el revés de ella se forman, con cuatro cordones de seda, el enlazamiento indicado en nuestro dibujo. El fleco se compone de cordones terminados por una especie de bellota.

EL AMOR SEGUN LOS LOCOS.

(Conclusion.)

La mujer de que se trata no amó al ex-sabio-virtuoso, sino á la ciencia y virtud que en él habia; mañana fuera atraida por otro si viere que esas dos cualidades las poseia en mas alto grado que el primero, y aunque este no las hubiera perdido, le dejara por la misma razon que antes le habia amado.

Tratándose del amor que se debe profesar á un ser, solamente porque *es él*, sin atender á mas, el amor hácia el ex-sabio-virtuoso se encuentra en igual terreno que el amor al ex-bello y al ex-rico.

Si habeis desechado estos, desechad aquel.

—¿Se admite el amor que se discute? preguntó el presidente.

La reunion vacilaba; sin embargo, era *necesario ser consecuentes* en las decisiones.

—Desechado! contestóse unánimemente con sorda voz.

La mesa quedó desierta, hasta el presidente habia abandonado su asiento; *era un cuadro desconsolador*; segun aquellas locas teorías nadie habia sido verdaderamente amado!

VI.

Acurrucado en una silla y á un

© Biblioteca Nacional de España

extremo de la mesa, habia un objeto.

Por su extraña figura parecia mas bien un vestiglo de un cuento fantástico que un ser humano.

A su lado el Cuasímodo de Nuestra Sra. de París no hubiera parecido feo.

Levantóse para hablar.

—Yo... dijo.

Una carcajada general interrumpió al orador; despues esta granizada de frases:

—Aun quedas tú ahí?

—Tal vez sea el mimado de Cupido!

—No será por su belleza!

—Ni por su talento!

—Ni por su virtud!

—Ni por sus riquezas.

—Silencio, gritó el presidente; que hable.

—Habeis ya hecho mi apología. A pesar de que mi pobreza siempre me ha impelido á tomar un oficio, mi cabeza y mis manos nunca se han puesto de acuerdo para aprender ni aun el mas fácil. A fuerza de ser y de llamarme feo, mi genio se ha agriado y no tengo en mi corazon...

(El orador balbuceaba; ni siquiera sabia expresar su idea.)

—No tienes en él ninguna fibra que vibre armoniosamente, dijo un versificador.

—Se han osificado tus virtudes, añadió un médico.

—No tienes la conciencia de tus deberes, repuso un abogado.

—Pues bien; á pesar de mi fealdad, una mujer no se cansa de estampar en mi frente un ósculo tierno y puro.

A pesar de mi estupidez, ella hacerme comprender ha podido los tesoros de abnegacion de que es susceptible el corazon de una mujer.

A pesar de mi pobreza, ella privándose del pan que amasaba con el sudor de su frente, nunca me ha hecho carecer de lo necesario.

A pesar de las maldades, hijas de mi ignorancia, de mi rabia y mi locura, siempre sus reconvenciones han ido acompañadas de sin iguales muestras de cariño.

Alguna vez, cuando una chispa de razon ha brotado de mi obtusa cabeza le he dicho:

—Si soy el ser mas despreciable de la tierra ¿porqué me amas?

—Porque te amo, me ha respondido.

—Qué es lo que amas en mí?

—A ti.

—Ah!... ella sin mirar las horribles vestiduras carnales que me cubren, busca á mi alma, sola, abstracta, *incolora*; á mi alma desprendida de los vicios que la enmohecen, amada con igual fuerza que si mil virtudes la adornasen.

Ella ama la *esencia* de mi vida, de mi espíritu; no los resultados que estos producen, no la forma y los efectos de mi existencia.

Ella me ama porque *soy yo*.

Si dais otra razon á lo que sentis por álguno, podrá ser aprecio, simpatia... todo, menos amor.

Al empezar su discurso, el pobre loco balbuceaba: despues, al recordar el objeto por quien era amado, parece que recogió en un punto de su cabeza todo el fuego vital que en él quedaba, y sus músculos tomaron una tension extra-natural y los períodos salian de sus labios con cierto énfasis nervioso. Parecia una sibila pronunciando un oráculo inspirada por su ídolo.

Al concluir de hablar, cayó desplomado sobre su asiento.

Era preciso que su razon combinada con su locura hubieran hecho un esfuerzo supremo, para que aquel hombre expresara ideas.

El auditorio entero habia inclinado sus cabezas, y callaba.

Seguramente comprendia que el amor descrito por el que ni aun tenia figura humana, era el único verdadero.

Por fin, rompióse el silencio entre los concurrentes.

—Lo que nos ha dicho ese hombre no cabe en el mundo, es una utopia.

—Si hubiera una mujer tal como nos la ha pintado, no seria mujer sino ángel.

—Y en el mundo no hay ángeles.

—Por eso tal mujer no puede existir.

—Ni existe, ni existirá.

—¡Porque no podeis combatirme negais!

El horrible loco dijo estas palabras con la exasperacion del idiota que le contradicen la única verdad que conoce. En estos momentos entró una mujer, que corriendo hácia aquel ser tan feo y miserable, estrechóle entre sus brazos, diciéndole:

—He concluido mi trabajo y he venido corriendo aqui... Ah! sin verte desde ayer... hijo mio!

—Su madre!

—Tenia razon!

—Ese es el amor!

Eran las frases que susurraban entre la muchedumbre.

VII.

El relox vecino dió las diez.

Los locos se retiraron de aquella estancia; la madre despidióse del hijo hasta el siguiente dia; poco á poco las luces iban extinguiéndose.

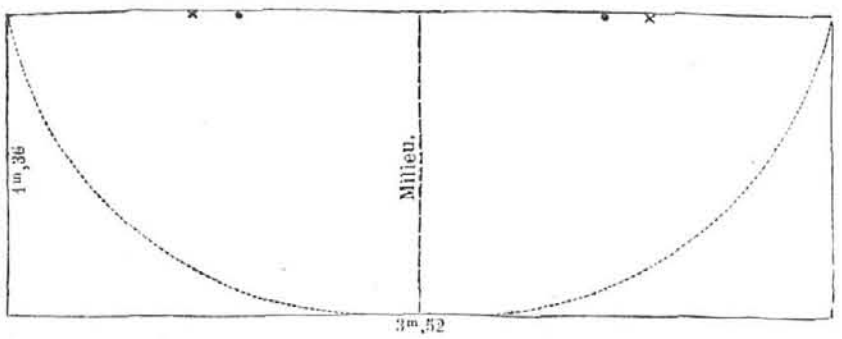
Yo fuime por entre oscuros y largos corredores á buscar la salida, y al recordar lo que habia visto y oido, me decia:

—¿El amor que han pintado los locos será el único verdadero?

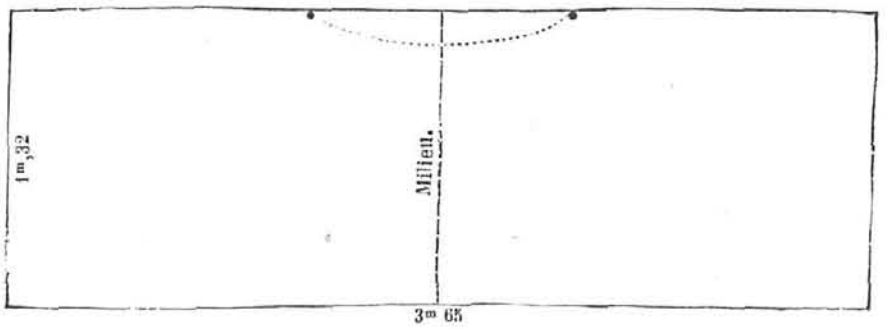
Desde el momento que se quiere á un hombre porque en él resalta una cualidad, por grande y buena que esta sea, el amor hácia aquella cualidad no será el amor al hombre.

Si yo aprecio en mucho los brillantes, apreciaré una sortija porque engarza uno magnífico: si desmonto aquel brillante y le veo en otra, despreciaré la primer sortija por la segunda; y si veo una tercera con otro de mas valor, la apreciaré mas.

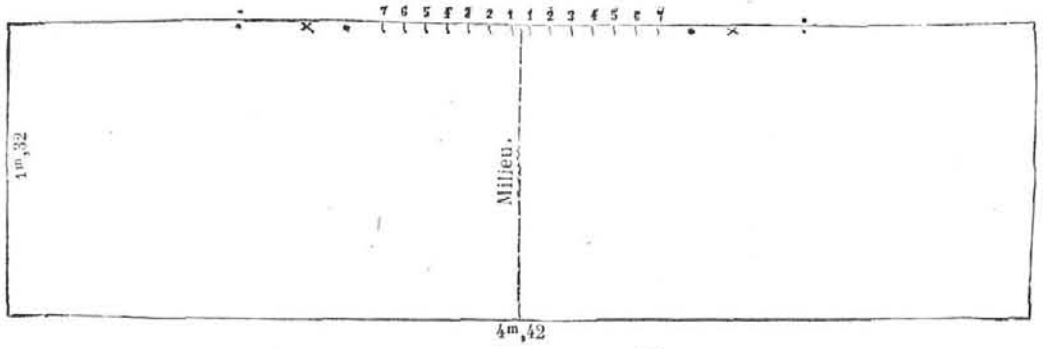
¡Pues bien, si yo amo mucho la virtud y la veo en un ser, yo simpatizaré mucho con aquel ser; pero si la virtud se desvanece y la veo en otro, seré atraido por el segundo, dejando al primero;



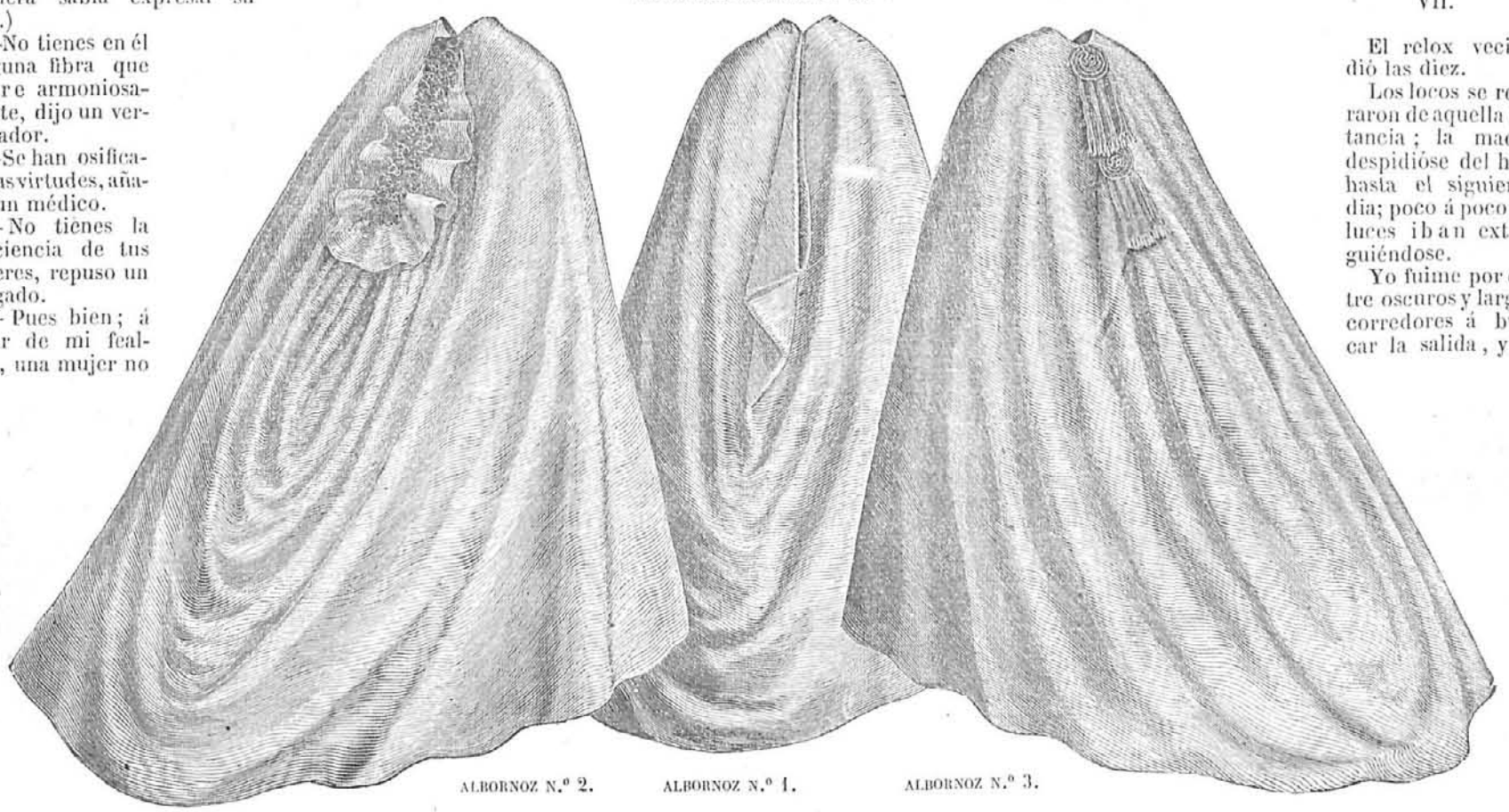
PATRON DEL ALBORNOZ N.º 1.



PATRON DEL ALBORNOZ N.º 2.



PATRON DEL ALBORNOZ N.º 3.



ALBORNOZ N.º 2. ALBORNOZ N.º 1. ALBORNOZ N.º 3.

© Biblioteca Nacional de España

y si despues encuentro un tercero de mas virtud, le adoraré mas que al segundo.

Si ese amor á las cualidades fuera la base del amor al hombre, nos conduciria siempre como en el citado caso á la *volubilidad*.

Y el móvil principal del verdadero amor no puede producir la *inconstancia*.

Ese *sentimiento* hácia el hombre, para serlo nunca debe pasar á *raciocinio*, ha de ir dirigido á la personalidad abstraida de vicios ó virtudes... al alma *incolora* como el monómano decia.

Pero al discurrir de este modo será porque á fuerza de oir hablar á los locos, se habrá trastornado tambien mi cérebro?

Entonces vi al final del corredor donde me hallaba un crucifijo alumbrado por una lámpara.

Aquella imágen representaba al Salvador en el acto en que imploraba á su Padre el perdon de los que le atormentaban, y por cuya rehabilitacion moria.

—Ah!... le dije orando al Cristo, tu amor á la humanidad no fué á causa de sus limitadas é imperfectas cualidades.

Amaste al hombre solamente porque era hombre.

La madre del loco siente de una manera parecida á tí.

Bendito sea el amor de los padres!.. Bendito sea el amor de Dios!..

. . . . . .

Extraña coincidencia!.. Los dementes, los hombres de *razon enferma*, sentando una teoría que tal vez cause risa á los hombres de *sana razon*, y que no obstante fué practicada en la cumbre del Gólgota por la *Razon Suprema*!

Entonces comprendí toda la verdad del adagio: *los extremos se tocan*.

P. D. Sin embargo, y á pesar de lo dicho, todos nosotros, lectoras ó lectores mios, nos daremos por muy contentos si encontramos quien nos ame, aunque sea únicamente en consideracion á nuestras buenas ó medianas prendas.

Lo demás *seria pedir peras al olmo*; y *á falta de pan buenas son tortas*.

VICENTE GREUS.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de pelo de cabra gris, guarnecido con tres tiras de tafetan verde inglés, recortadas de modo que formen puntas; en cada extremo de estas puntas se encuentra un cairel de seda verde. Las dos primeras tiras se ponen en línea recta sobre el borde de la enagua. La tercera sube en forma de túnica, y va á unirse con las dos tiras iguales, pero mas estrechas, que van colocadas en el corpiño montante; la vuelta de la manga y la costura del hombro llevan la misma guarnicion.

Trage de fulard color de fieltro.— En lo bajo de la enagua de este elegante trage se encuentra un bullon bastante poco fruncido, el cual lleva por cada lado unas presillas de tafetan de color algo mas oscuro que el fulard, y que cada una de ellas se abotona con la siguiente.

La misma guarnicion se repite en los delanteros del corpiño montante y en las mangas, que son casi ajustadas.

EL SARGENTO SIMON.

EPISODIO DEL 2 DE MAYO DE 1808.

El episódio que vamos á referir no está consignado en ninguna historia, ni autorizado por la tradicion, pero es verdadero en todas sus partes, porque le hemos oido referir cien veces á un hombre que no mintió nunca, y porque amamos demasiado su memoria para hacerle cómplice de una mentira nuestra. Además, está la vida de ese hombre tan llena de lances del mismo género, que nada pudiera inventarse sobre él que fuera más digno ni más glorioso que la realidad.

I.

Todos los que han narrado las tristes escenas de que fué teatro el pueblo de Madrid el 2 de Mayo de 1808, convienen en que el sangriento choque ocurrido entre españoles y franceses por la mañana, cesó á eso de mediodia para renovarse á la tarde con más furor.

El dia habia amanecido sereno y despejado. Tan despejado que nadie extrañó ver salir por la puerta de Alcalá á las primeras horas de la mañana un grupo de cuatro ó seis mancebos, gente del pueblo, pero acomodada al parecer, segun el traje que vestian y los caballos sobre los cuales cabalgaban. Antes de traspasar la puerta, la alegre comitiva se habia cruzado con un pequeño destacamento de tropa francesa, que iba sin duda á relevar alguna guardia de las muchas que estaban á su cargo.

—Mal dia, exclamó uno de los ginetes; salimos apenas de casa y ya tropezamos con estos perros.

—Afortunadamente no han ladrado, añadió sonriendo otro del grupo.

© Biblioteca Nacional de España

—Lo cual no es un obstáculo para que pretendan devorarnos muy pronto.

—¡Ea! silencio, y al trote, interrumpió el de más edad de todos ellos, que no pasaria, sin embargo, de treinta años; se está enfriando el almuerzo en Canillejas, y el sargento Simon es de los que se cansan pronto de esperar.

Todos obedecieron la órden, y con tan buen deseo, que una hora despues estaban á tiro de fusil de Canillejas.

—¿Se puede hablar ya? dijo entonces soltando la carcajada el que iba delante.

—Sí, gritaron todos á la vez.

—Pues cedo la palabra á nuestro amigo Simon, que viene ya á buscarnos, fuerte como un leon y ligero como una cabra.

Un hombre avanzaba en efecto por el camino, gritando y sacudiendo los brazos como quien desea ser conocido.

No tardó en reunirse á los viajeros, de los cuales se apearon dos ó tres al verle cerca.

—Buenos dias, mi sargento, dijo uno de ellos con ese tono socarron y gracioso peculiar en los hijos de Madrid.

—Muy buenos, Mateo, respondió con afabilidad el saludado. Lo mismo digo, caballeros, añadió correspondiendo al saludo de los demás.

—¿Qué hay de bueno en Canillejas?

—En Canillejas no hay de bueno más que ocho soldados del regimiento de Borbon, y el sargento que los manda, que es este cura.

—¿Y qué tal? ¿se enganchan algunos mozos en vuestro banderin?

—Mozos muy pocos: pero en cambio hemos enganchado para que almuercen hoy con nosotros á media docena de muchachas de lo más escogido del lugar.

—¿Y dónde es la partida?

—Aquí cerca, en la Alameda del duque de Osuna.

—¿Cómo es eso, no tienen hoy fiesta los señores?

—Lorenzo el guarda me ha dicho que podemos ir con toda libertad, pues de algun tiempo á esta parte parece que la gente que tanto se divertia allí va perdiendo su buen humor.

—No son ellos solos, murmuró con rabia Mateo; yo sé de quien está dispuesto á perder mucho más si esto dura.

—Para ese viaje no necesitaré yo alforjas, añadió el sargento con resolucion; ya me conocen las balas extranjeras, y algunas he devuelto á los ingleses antes de que me hicieran prisionero en 1798.

—No te hacia yo soldado tan viejo, exclamó otro interlocutor.

—Lo creo, porque no sabrás que sentó plaza á los quince años, y que lleva ya once de servicio.

Entretenidos con esta animada conversacion, peones y ginetes habian llegado ya á las primeras casas del pueblo. Un alegre grupo en que figuraban algunas graciosas lugareñas, saludó con una gran aclamacion su llegada, presentándoles con orgullo dos ó tres repletos cestos de viandas, sobre los cuales descollaban varias botas de rico vino, y que contemplaban con asombro y envidia los chicos y las mujeres de la vecindad.

En el momento de ir á ponerse en marcha la comitiva, un jóven vestido de uniforme se aproximó al corro, exclamando:

—¿No hay una cuchara de palo para un forastero, Simon?

—Cabo Perez, con el alma y la vida, vente con nosotros: de este modo si nos sucede algo podremos pedir auxilio á la fuerza armada.

Y ambos camaradas se asieron del brazo, y seguidos de sus compañeros de campo tomaron el camino de la Alameda.

II.

Más pintorescas todavía que lo es ahora, aunque no tan bien cultivada, la Alameda de Osuna era en la época de la historia que referimos una deliciosa posesion que habian hecho doblemente célebre entre la gente de buen tono, la riqueza y la esplendidez de sus dueños, y las ruidosas fiestas celebradas entonces con frecuencia en su recinto, á las cuales habia asistido la reina María Luisa y las primeras damas de la nobleza, dejando allí, como en todas partes, la huella de misteriosas aventuras.

En uno de los sitios más amenos de este paraiso, y en una pequeña glorieta con árboles, no léjos de la ria, fué donde se detuvo la numerosa comitiva que acaudillaba el sargento Simon, guiado á su vez por el guarda Lorenzo. A pesar de ser aún temprano, acordóse por unanimidad tomar un bocado, bailar despues y divertirse de lo lindo, y comer al principio de la tarde, hora en que de seguro tendrian todos buen apetito.

Trazaron, pues, un gran círculo en el suelo, y al rededor de este círculo se sentaron sin distincion mancebos y doncellas, dos ó tres de las cuales tomaron por su cuenta el ímprobo trabajo de repartir á los demás.

Sea casualidad en la colocacion, sea acuerdo anterior á ella, en tanto que la mayor parte del círculo estaba ocupada por mozos y zagalas alternados, otra parte, la menor, se componia de hombres solos, y que ni siquiera se mezclaban en el estrépito general. Simon, el cabo Perez, Mateo, Lorenzo el guarda y algun otro de los venidos de Madrid, formaban el núcleo principal de esta fuerza. La conversacion, picante y animada entre aquellos, era entre estos grave y contenida, por más que de vez en cuando una palabra más enérgica ó menos prudente que las otras llamase por un instante la atencion de todos.

—Lo que nos ha referido el cabo Perez, decia el sargento Simon, es la pura verdad; se aproxima el dia en que la patria necesite el apoyo de sus buenos hijos; la córte nos ha vendido á los extranjeros y es necesario romper ese contrato; mis contínuos viajes á Madrid me han hecho conocer el estado de la poblacion, y la circunstancia de serme familiar la lengua francesa, me ha proporcionado oir cómo se explican los satélites de Murat. No lo dudeis; basta una chispa para que España se convierta en una hoguera.

—Lo sabemos, Simon, añadió Mateo; no hace muchas noches decian lo mismo unos caballeros en la botillería de la Puerta, y ayer sin ir más léjos, al saber que hoy debe ser la partida de la familia real, se ha limpiado el polvo á algunas escopetas, y afilado la punta á algunos puñales.

—Brindemos, pues, exclamó el cabo Perez, por el pronto exterminio de los gabachos.

—Sí, sí, brindemos, gritaron en coro hombres y mujeres.

Y todas las manos se dirijieron á la bota.

En aquel instante un rumor sordo y lejano, pero imponente como el de un trueno, se dejó oir hácia la parte del Norte, impelido por la fresca brisa de la mañana.

Todos los hombres se pusieron maquinalmente en pié.

—Tormenta de agua, murmuró por lo bajo el guarda-bosque.

—Tormenta de sangre, replicó con energía Simon: los soldados distinguimos bien los truenos de la tierra y los del cielo.

Como respondiendo á estas palabras, otro ruido más prolongado que el anterior llenó los aires, haciendo palidecer á los más tímidos.

—Simon lo ha acertado, exclamó el cabo Perez queriendo correr en direccion de Madrid; lo que estamos oyendo son cañonazos y descargas cerradas.

—Ea, pues, muchachas, gritó Mateo con reconcentrada furia: recoged esos trastos y volveos á vuestra casa: nosotros tomaremos los postres en Madrid; hoy pagan el escote los franceses.

—Iremos juntos, exclamó Simon.

—Y yo tambien, que de algo me ha de servir el ser cabo.

—Tú, Perez, puedes prestarme un gran servicio; vé al pueblo, reune mi pequeño destacamento y ponte á su cabeza: nosotros marchamos delante con los caballos que estos han traido.

—Lo haré, por más que hoy te obedezco muy á disgusto. Pero ¿no vas á ponerte el uniforme?

—No, así voy mejor; tu sable es lo único que necesito; tú recogerás el mio en la posada.

—Tómalo, y hasta luego.

—Adios, dijeron unas cuatro ó seis voces.

Cuando la comitiva campestre llegó á las puertas de la Alameda, todavia se escuchaba á lo léjos el golpe de cuatro ó seis ginetes, y más léjos aún el confuso rumor de la batalla. Entre las seis ú ocho muchachas antes alegres que regresaban ahora tan silenciosas á su lugar, habia dos ó tres que lloraban; ¡lágrimas dulces de la juventud que alguno de aquellos soldados ha recordado con deleite en su ancianidad.

III.

Era el anochecer del dia 2 de Mayo de 1808.

Habia cesado por completo la lucha, y Madrid aparecia tranquilo, pero con la tranquilidad de un cementerio. Fuertes patrullas de caballería é infantería llenaban las calles y las plazas, deteniendo y registrando á los infelices transeuntes, sin respetar algunas veces ni el sexo ni la ancianidad. Dos de estas patrullas, una de las cuales venia de la calle de la Montera y otra por la calle del Arenal, se encontraron cerca de la fuente que ocupaba el centro de la Puerta del Sol. Cada una de ellas conducia un peloton de prisioneros amarrados fuertemente, excepto tres ó cuatro que por su aspecto y debilidad parecian heridos. Algunos de estos desgraciados se reconocieron, y varias voces turbaron por un instante el silencio que reinaba en ambos grupos.

—¡Simon! dijo una de estas voces con acento débil y quejumbroso.

(Se concluirá.)

EL CORREDOR DE PLAYA.

(Continuacion.)

—¿Qué es aquello? preguntó al pescador el convaleciente. Aquel punto negro que parece vacilar entre las brumas del horizonte.

—Es la torre de Dunkerque.

—¡Dunkerque! ¿Tan cerca estamos de Dunkerque?

—Cuatro leguas por la playa.

El jóven levantó los ojos al cielo y dijo suspirando:

—¡Dios mio! ¡Qué terribles sucesos se me ocultan! Cuatro horas apenas, y hace diez dias espero noticias en vano.

Y volviéndose hácia José con agitacion febril, murmuró con ademan imperioso.

—¿Qué sabe el médico de mi hermana y de mi madre? por piedad, sed mas compasivo que los otros, y decidmelo.

El pescador palideció; quizá habia sabido ya por Bella y su padre la fatal noticia, y replicó con visible turbacion:

—No sé; no he visto al médico hace tres ó cuatro dias.

El jóven bajó la cabeza y quedó sumido en profundas reflexiones: parecia querer dominar la emocion que reinaba en su alma, hasta que por fin haciendo un esfuerzo sobre sí mismo y clavando los ojos en el mar:

—¿Dónde está Bella? dijo. Me habiais dicho que estaba en la playa.

José señaló entonces una distancia en el mar y exclamó:

—¿Veis aquellos puntos negros que parecen flotar sobre el agua? son las mujeres de los pescadores que se entregan tambien á la pesca del langostino, para lo cual emplean unas redes en forma de lazo que colocan en la punta de un palo.

—¿Y Bella está con ellas?

—Sí tal, ved á este lado, la segunda con gorro azul y justillo encarnado...es mi prima: debe haberos reconocido, porque os saluda con la mano.

—¡Pobre niña! ¡qué áspero trabajo! ¿Y cuánto dura esa pesca?

—Dos ó tres horas.

—¿Y esas mujeres están todo ese tiempo con los piés en el agua helada del mar?

—Pues ahora hace un excelente tiempo. Hay dias mas frios; pero no temen al agua del mar: están acostumbradas á ella desde la infancia.

M. de Milval volvió los ojos hácia Bella y respondió agitando ligeramente su sombrero á los saludos que aquella le enviaba.

—Vuestra prima, murmuró, es un modelo de virtud y heroismo.

— Ya lo creo, repuso el pescador con entusiasmo, tiene el corazon de un ángel. El que la tome por mujer, puede decir que ha encontrado una perla inestimable en este desierto, porque debeis haber notado que su rostro es tan hermoso como su alma.

El jóven clavó con asombro una mirada en el pescador.

—Sí, por cierto, exclamó José un poco confuso por aquella mirada. Si yo tuviera quince años menos á la espalda, nadie se casaria con ella mas que yo. Pero soy viejo...Además Bella no se casará mientras viva su padre ciego.

—En efecto, parece amarle mucho. El espectáculo de su amor filial me ha arrancado lágrimas de admiracion.

—Es que eso tiene su explicacion, señor. Simon Stock hasta los cincuenta años, vivió como otro cualquiera; estaba casado con una mujer hacendosa de la cual tenia cinco hijos, cuatro niños y una niña; tenia además un hermano menor que vivia con él: era el tio Luis, cuyo sombrero llevais en este momento; como suele decirse, todas las desgracias vienen juntas, y así fué que Simon Stock vió morir á su mujer de una pleuresía, su hermano Luis salió á la pesca del bacalao en un navío de Dunkerque; el barco fué á dar en el mar de Islandia, y nadie ha vuelto á oir hablar de él; solo un pescador trajo la noticia de que Luis Stock se habia salvado del naufragio, y no ha faltado quien afirme que ha oido contar en Dunkerque que Luis Stock, en calidad de soldado, formaba parte de la guarnicion de una fragata de guerra francesa en el puerto de Guadalupe.

—¡Soldado francés! Nada mas fácil que enterarse de si es cierto.

—¡Quiá! no, señor. Si esas noticias han sido inventadas sin duda para consolar al pobre ciego. Continúo mi relato: hacia algunos dias que Simon Stock habia recibido noticias del naufragio de su hermano, cuando su hijo mayor, que navegaba ya con él en calidad de marinero, se ahogó en una noche de tempestad; poco tiempo despues se desarrollaron las viruelas en el pais, y los tres hijos de Simon Stock fueron arrebatados por ellas. En tres semanas no quedaba de aquella numerosa familia mas que un hombre de cincuenta años y una niña de siete que hasta ellí habia escapado del contagio, pero que fué atacada tambien. Cuando esto sucedió, creimos que el pobre Simon se volvia loco: seis semanas permaneció dia y noche inclinado sobre la pobre niña, temblando por su vida y preservándola en cuanto podia de la desgracia de quedar desfigurada. La niña curó, y como si hubiera comprendido todo lo que por ella habia hecho, siguió á su padre como su sombra. Dos años despues Simon Stock fué atacado de una oftalmía, que hizo progresos rápidos hasta dejarle ciego enteramente. Bella se persuadió de que su padre adquirió el gérmen de esta enfermedad por cuidarla dia y noche durante la suya. Se engaña quizá, pero esto os explica la ternura infinita que tiene por él, y esa especie de culto de que le rodea.

—En efecto, repuso el jóven ligeramente conmovido, ¡pobre Stock!

Hacia algunos instantes que sin suspender su relato José miraba á uno y otro lado con inquietud.

—Hace mucho tiempo que estamos aquí, y este airecillo podria haceros mal, dijo; volvamos á casa.

—No, estoy bien, repuso el jóven; ese cielo azul y esa inmensidad que nos rodea, fortalecen mi espíritu; pero no os violenteis por mi, yo puedo quedarme solo.

—¿De veras! pues os dejo un instante. He olvidado mi saquillo de tabaco... en ir y volver no tardo diez minutos.

Apenas se habia alejado cien pasos por entre las dunas, un hombre vestido como de pescador apareció en la cima de una montaña. Parecia dirigirse hácia la morada del padre Stock; pero así que reparó en el señor del sombrero de paja, se detuvo, reflexionó un instante y descendió de su altura dirigiéndose al convaleciente.

—Buenos dias, repuso cuando estuvo cerca de él; ¿vuestro nombre es M. de Milval, no es verdad?

© Biblioteca Nacional de España

—Cierto, y ¿cuál es el vuestro, amigo? no os conozco.

—Calle, ¿no me conoceis? Soy Ko Sael, el corredor de playa, el que os encontró tendido entre las dunas, y os llevó con grandes precauciones hasta la morada del padre Stock.

—¡Ah! os estoy muy reconocido, y recompensaré vuestra buena accion.

—Eso es difícil, repuso el corredor con sonrisa irónica. Vengo ahora de Bergues, y vuestro castillo ha sido incendiado, confiscados vuestros bienes, y por consiguiente sois mas pobre que yo.

—¡Venis de Bergues! ¿sabeis qué ha sido de mi padre? repuso el jóven con ansiedad.

—Lo sé todo, y creo que vos os lo figurais tambien.

—¡Ah! ¿es cierta su desgracia?

—Ha sido fusilado.

—¡Dios mio, Dios mio! y en nombre del cielo, ¿qué ha sido de mi madre, de mi hermana?...

El corredor, por toda respuesta, se dió un golpe en el cuello con la mano, como si fuera un cuchillo.

—¡Qué quereis decir! exclamó el jóven pálido como un cadáver.

—Que se ha trasportado á vuestra madre y vuestra hermana á Arras, donde han sido guillotinadas.

Un grito desgarrador resonó en el espacio, y el jóven ocultó el rostro entre sus manos.

Ko le contempló con sonrisa triunfante, y murmuró unas frases ininteligibles que parecian querer consolar á la víctima de su cruel indiscrecion.

Bella, que habia visto de lejos al corredor hablar con el convaleciente, saltó fuera del agua, tiró red y cesta, y corrió hácia el sitio en que se hallaban; cuando llegó, el jóven tenia el rostro entre sus manos, y las lágrimas se escapaban por entre sus dedos. La jóven comprendió cuanto habia pasado, y fijando en Ko una mirada de indignacion, repuso:

—¡Desgraciado! ¿qué le habeis dicho?

—Tambien será culpa mia? refunfuñó Ko Sael. Yo creia hacerle un servicio dándole nuevas de Bergues.

—No trateis de consolarme, ángel de misericordia. ¡Mi padre, mi madre, mi hermana...todo cuanto me era querido! ¿Porqué la muerte me respeta á mí?

—¿Qué sucede? repuso José apareciendo entre las dunas con la pipa en la boca. Siempre habreis sido vos el que hayais traido alguna desgracia: no sé porqué me da gana de retorceros el cuello.

—Pero ¿qué culpa tengo yo? vengo de Bergues, y he dicho á M. de Milval lo que he sabido.

—Y ¿qué le habeis dicho, pícaro charlatan?

—Toma, que han quemado su castillo, y que su padre, su madre y su hermana...

Un rugido se escapó del pecho de José, y sus ojos se inyectaron de sangre: de un salto cayó sobre Ko, y sacudiéndole fuertemente por el cuello, hizo tomar á su rostro, primero un rojo oscuro, y despues una mortal palidez.

La jóven, tratando de contener á su primo, exclamó:

—Vamos, José, tranquilizaos. Ko lo ha hecho sin intencion quizá.

—En la duda no le estrangularé hoy; pero que jure no volver acercarse á nuestro enfermo. De otra manera, Ko, estad seguro de que os aplastaré sin piedad.

—Dejadme. Yo haré como si no conociera á M. de Milval.

Entonces el pescador dió libertad á Ko, que desapareció á todo correr. Bella se volvió hácia el enfermo, le tomó por un brazo y le guió á su morada, dejándose él conducir como un niño; sus lágrimas habian cesado de correr, como si el infeliz estuviera abismado en la inmensidad de su dolor.

Bella murmuró á su oido los mas dulces consuelos; José los seguia mohino sin hablar una palabra. De este modo recorrieron el trayecto que les separaba de la choza de Stock.

VII.

M. de Milval, anonadado bajo el golpe de tan terrible revelacion, permaneció insensible á todo consuelo. De vuelta á la cabaña, se acostó al punto, rogando que le dejaran solo.

El temor y la ansiedad reinaban en la morada del viejo Stock, porque temian con razon que el pobre jóven, apenas entrado en su convalecencia, recayese con la violenta impresion que le habian producido tan tristes noticias. El médico mismo, al que se hizo llamar por José, participó de su inquietud.

Durante la noche que siguió á la imprudente revelacion del corredor, todos velaron al enfermo. El padre Stock y su hija, la tia Clara y José, sentados en la primera pieza en torno de la mesa, escuchaban con ansiedad si un gemido, una queja, les anunciaba que el enfermo necesitaba sus socorros...pero nada, un silencio absoluto reinaba en la estancia; él solo, la tia Clara y el padre Stock creyeron ver en esto un anuncio feliz de que el enfermo se entregaba á un sueño reparador.

Bella no participaba de pensamiento tan lisonjero y sostenia, por el contrario, que el desgraciado Milval no habia cesado de llorar. Mientras los otros no apercibian el menor rumor, ella creia escuchar los sollozos comprimidos que el enfermo se esforzaba en apagar para que no le turbasen en su solitaria desesperacion.

Despues de haber combatido largo tiempo el triste pensamiento de su sobrina, la tia Clara acabó por acercarse á la puerta de la estancia y escuchar en silencio. Cuando descendió repuso conmovida:

—¡Ah! Bella tiene razon; el infeliz llora y no duerme.

Estas palabras inspiraron á todos profunda compasion, y las lágrimas humedecieron todos los ojos.

De esta manera aguardaron el dia. Cuando la aurora empezó á iluminar las cimas de las montañas, la tia Clara y José se fueron á su morada prometiéndoles volver en breve. El padre Stock se entregó á su trabajo ordinario, y Bella á las haciendas de la casa.

De repente la jóven dejó escapar una taza que llevaba en la mano y lanzó un grito de sorpresa...M. de Milval descendia los dos escalones que guiaban á su cuarto, y dando los buenos dias á sus huéspedes, se dejó caer en un rincon cerca del hogar.

Era evidente que la jóven no se habia engañado en sus suposiciones, porque los ojos del convaleciente demostraban en su inflamacion que las lágrimas habian corrido de ellos sin tregua ni descanso.

No obstante, en aquel momento sus ojos estaban secos; su expresion era resignada, y hasta una triste sonrisa entreabrió sus labios al contemplar á Bella, la cual se sentó á su lado prodigándole palabras de tierna compasion.

Respondia el jóven á sus afectuosas palabras con otras de sincera gratitud, pero habia en su acento y hasta en su sonrisa un dolor tan profundo, que la jóven se alarmó creyéndole sin fin y sin consuelo.

M. de Milval, con tranquila calma, suplicó á la jóven le perdonase si su corazon destrozado no obedecia á sus intimaciones de consuelo, que la fatalidad le habia arrebatado cuanto le era querido en el mundo, que en el pasado no veia mas que un rastro de sangre, y en el porvenir el engrandecimiento de sus verdugos: que estaba solo en el mundo como en un sepulcro.

Era visible que el jóven hubiera preferido estar solo, pero Bella y su padre participaban de tal modo de su dolor, que poco á poco fué acostumbrándose á sus consuelos, hasta que al fin Bella guardó silencio entregándose de nuevo á sus faenas, no sin dirigir de vez en cuando miradas furtivas al convaleciente que permanecia con la cabeza caida sobre el pecho.

De repente M. de Milval se levantó, manifestando su deseo de dar un paseo por las dunas. Bella quiso acompañarle, pero él instó para que le dejase solo, y cuando quiso seguirle, su padre la detuvo haciéndola comprender que el dolor de M. de Milval era legítimo, que debia respetarse, y que el tiempo cura todos los pesares y cicatriza todas las heridas.

Obedeció por aquel dia; pero al siguiente se hubiera dicho que Bella veia en la desesperacion del enfermo un enemigo con quien debia luchar, porque iba ganando en el espíritu de Milval á medida que los dias pasaban; su inteligencia desarrollada por su buen deseo, se aprestó á salir triunfante en la lucha, y fué desde aquel dia elocuente, fecunda en recursos ingeniosos é ingénua en todas las delicadezas del sentimiento.

Así que terminaba sus faenas domésticas, sentábase al lado de M. de Milval distrayéndole en su conversacion, y haciendo brillar para él un rayo de esperanza.

Al cabo de algunos dias, en vez de rechazar los consuelos de aquel ángel que habia reanimado en su corazon la esperanza y el amor á la vida, M. de Milval escuchó su cuento con placer, sintióse arrastrado hácia ella por secreta simpatía, y aunque estuviese entregado á dolorosas reflexiones, al escuchar el acento de la jóven experimentaba una dulzura infinita.

Cuatro semanas corrieron así. La herida de la cabeza de M. de Milval estaba cicatrizada, su brazo, aunque descansando en el pañuelo, notablemente mejorado, y segun opinion del médico, en disposicion de hacer uso de él en quince dias.

Por esta época, Bella advirtió un cambio notable en la conducta del jóven para con ella. Esta habia notado de nuevo tristeza en su mirada, y resuelta á combatir al enemigo, redobló sus esfuerzos para inspirar al convaleciente valor y confianza, pareciendo que este trataba de esquivar su compañía. Si Bella estaba en la casa, él se encerraba en su cuarto; si ella estaba ausente, él se paseaba entre las dunas, hablándose á sí mismo con agitacion: era evidente que un nuevo pesar se habia posesionado de su corazon.

Bella no vió en esto sino un motivo mas para tener compasion de él, aunque observaba con dolor que cada vez que ella reiteraba sus pruebas de amistad, él caia en mas profunda melancolía.

Un dia que Bella habia hecho mayores esfuerzos para consolarle, el mal resultado de su empresa la produjo tan dolorosa impresion, que empezó á sollozar, ocasionando grande emocion al jóven con sus palabras entrecortadas.

Aquel la miró conmovido, balbuceó algunas excusas, y luego, como no creyéndose bastante fuerte para contener el secreto que iba á escaparse de sus labios, quiso huir.

Por fortuna en aquel momento entró la tia Clara, que con un verdadero diluvio de exclamaciones, refirió que la habian dicho que todos los reyes de Europa acababan de estrechar una alianza para caer con un numeroso ejército sobre la Francia y aniquilar la república. Esta noticia la habia traido de Adinkerke Ko Sael, añadiendo que las potencias aliadas habian atravesado ya Brabante, y en breve se libraria una gran batalla.

M. de Milval, que se quedó al oir tales noticias, manifestó gran agitacion, fuese por el castigo de los que él miraba como sus opresores, fuese porque las lágrimas de la jóven le habian impresionado.

Firme en su primera idea, salió de la cabaña, vagando mucho tiempo por montes y valles. Cuando volvió, no estaban ni el ciego ni su hija.

No le asombró; el padre Stock tenia costumbre de pasarse con la malla á casa de su hermana Clara. Bella no podia haber ido de pesca porque la marea estaba alta; pero quizá habia ido á hacer pacer la vaca en algun valle cercano.

M. de Milval se dejó caer en una silla; los pensamientos tristes le perseguian sin duda, porque tenia los ojos abiertos y fijos, y movia con desaliento la cabeza, como quien se interroga á sí mismo y no encuentra mas que respuestas desesperadas.

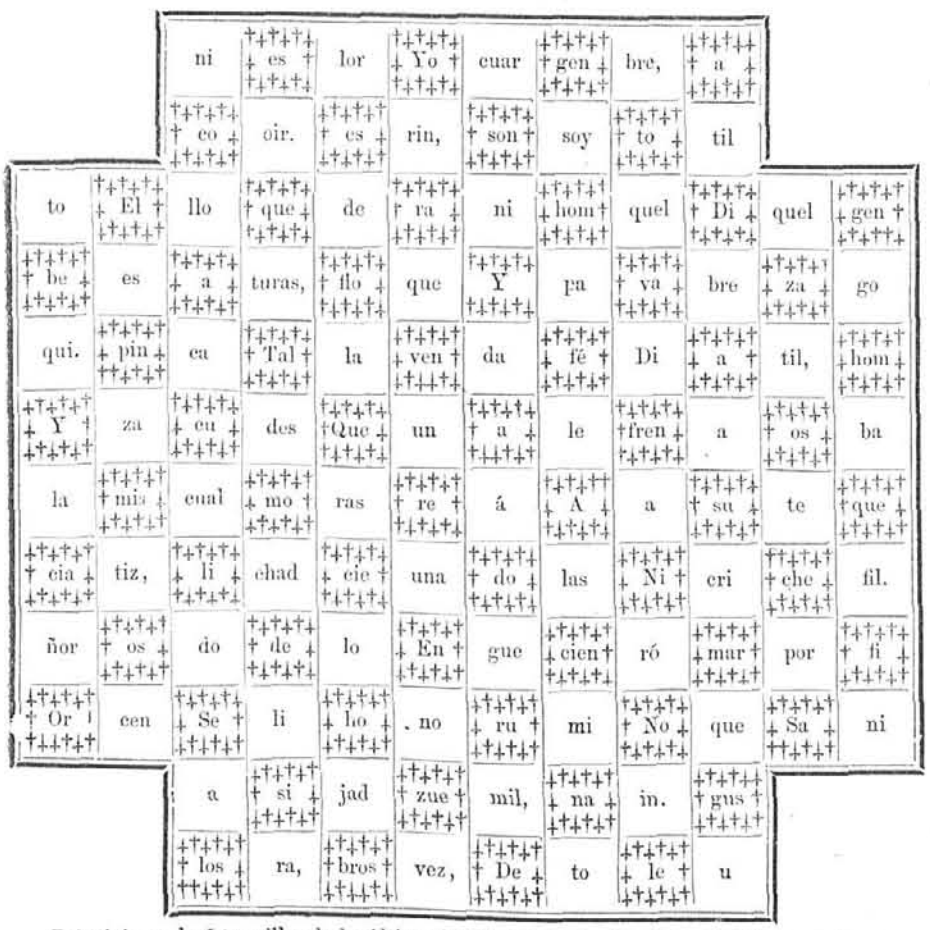
Por fin sus labios murmuraron.

—El reconocimiento me daria fuerza para callar lo que pasa en mí; pero ¿Bella no irá alimentando quizá en su alma una inclinacion que no ha de ver satisfecha? Desde hace algun tiempo me persigue esta idea, y ayer sus lágrimas me aterraron. ¡Pobre niña! Ha salvado mi vida, ha puesto en juego todos los tesoros de su generoso corazon para devolver la paz á mi pecho. ¿Y la dejaré en cambio al partir un eterno pesar? En la morada de la paz y la dicha habré venido á dejar la intranquilidad y el dolor. ¡Ah! ¿Cómo podria yo disfrutar en la vida algun reposo, cuando mi conciencia me recordase esa pobre niña vagando inconsolable entre esas dunas que en otro tiempo la vieron alegre y feliz? No mas vacilacion. Aun es tiempo; este sentimiento quizá no ha echado profundas raices en el corazon de esa pobre niña. Es preciso darla un último adios.

Y dejó caer la cabeza sobre el pecho, permaneciendo largo rato sumido en profunda meditacion. En breve levantó su rostro animado por resuelta expresion, y dijo:

—¡Nobles! ¿No son acaso nobles los que sin aguardar recompensa practican la virtud? ¿Puede asistir mayor nobleza que la que encierra el corazon de esa pobre niña? Inocente como una paloma, dulce como un ángel, fuerte como una heroína de la antigüedad, hermosa... como mi pobre hermana. Vivir aquí, junto á ella, lejos de las maldades del mundo, en una atmósfera de paz, de dulzura, de amor...

EL SALTO DEL CABALLO.



Principia en la 5.ª casilla, de la última hilera (contando de arriba abajo) y concluye en la última casilla de la 6.ª fila, que dice *fil*.

© Biblioteca Nacional de España

Y de repente retorció sus manos, y como acometido de contrarios pensamientos, levantó altanera su cabeza y dijo con indignacion:

—¡Qué locura! El último de los Milval no puede olvidar así lo que debé á su nombre. No descenderé hasta enlazarme con esa pobre niña; pero tampoco alimentaré en su pecho un amor sin esperanza. ¿Y qué decirla para justificar mi resolucion? Nada mas fácil: los emigrados como yo intentan un último esfuerzo para conquistar su patria perdida... Me alistaré bajo su bandera, sí: fuerza es huir de este encanto que me domina. Se trata de su reposo... la menor vacilacion es una cobardía.

Y al decir estas palabras, abandonó la cabaña dirigiéndose por entre las dunas; despues de vagar largo rato á la aventura, se detuvo de repente al distinguir á Bella. La jóven estaba sentada en un ribazo, y no lejos de ella el asno y la vaca pacian en una pradera.

(*Se continuará.*)

NUESTRA INCREDULIDAD.

Estamos siendo víctimas de una verdadera injusticia.

Se ha esparcido por el mundo una injuria que nos llenaria de indignacion, si no fuéramos nosotros mismos los que nos la dirijimos.

Se acusa de incrédulos á los tiempos en que vivimos, y hablando francamente, esto es una calumnia, en la cual todos hemos convenido.

Medítese bien, y se observará al instante que nuestros padres fueron mucho más incrédulos que nosotros.

Hablo de aquellos de nuestros padres que tuvieron el acierto de nacer antes que Voltaire y que Rousseau.

Si ellos levantaran la cabeza, se admirarian de nuestra credulidad mucho más que nosotros nos admiramos de la suya.

Yo no puedo negar que ellos creyeron en brujas.

Tampoco tengo ningun interés en ocultar que no hay pueblo en España que no conserve todavía la misteriosa tradicion de la existencia de algun duende.

Tomo estos datos como el *summun* de la credulidad de nuestros padres.

La bruja, creacion diabólica que se desliza á media noche como una sombra por las paredes de los cementerios, abre las sepulturas y extrae con sus uñas las entrañas aun calientes del cadáver de un niño, con la misma destreza con que pudiera hacerlo la ejercitada mano de un anatómico.

Ella es la que vaga al rededor de la horca que acaba de ejercer sus terribles funciones.

Al resplandor de la luna se la ha visto caer sobre el cuerpo del ahorcado pendiente del suplicio, envolviéndole en repentina oscuridad, como si hubiera pasado una nube por entre el cielo y el patíbulo, ó como si la luna hubiera apartado su claridad, horrorizada de la profanacion de que se la obligaba á ser testigo.

En este acto infernal se ocultaba una operacion, que más adelante habia de ser una conquista del arte y de la ciencia.

La bruja iba allí á arrancar uno á uno los dientes de la desgarrada boca del ajusticiado, con la misma habilidad con que hoy lo hacen los dentistas más famosos.

Sacar las muelas sin dolor, es un descubrimiento que seria el colmo de la injusticia negárselo á las brujas.

Ella es la que descarnada como un espectro penetra casi invisible en el cuarto de la doncella que acaba de espirar, y corta con sus dedos y con un solo esfuerzo, las largas trenzas que caen inmóviles al rededor de la cabeza del cadáver.

Con estos elementos robados á la muerte, forma los poderosos filtros que la hacen dueña de las pasiones y de la voluntad de los hombres.

Ella tiene el fuego que enciende el amor irresistible.

¿Hay alguna mujer ofendida por las ingratitudes de su amante desesperado por la honestidad de la mujer que desea? Ella ablandará el diamante y encenderá la nieve.

¿Es preciso que desaparezca un niño acusador?

Ella lo hará desaparecer como una luz á quien se sopla.

Todo lo oye, porque sus oidos no se cierran nunca; y todo lo vé, porque no mira jamás.

Excepto los sábados por la noche, que los dedica á tomar el aire volando por encima de los tejados, siempre está dispuesta á envanecer el corazon de una mujer hermosa ó á enloquecer el alma de un hombre impetuoso: esta es la bruja.

La he bosquejado con los rasgos mas fantásticos y mas vulgares, porque quiero ponerme en el extremo increible de aquella incredulidad.

En este espíritu diabólico creyeron nuestros padres.

Confesemos ingénuamente que debió influir en esa creencia el amor propio.

El amor propio es esa pasion ciega que cada uno se tiene á sí mismo y que hoy es la reina de las pasiones.

A nuestros padres les fué mas fácil creer en el poder de las brujas, que en las miserias de la naturaleza humana.

Dieron á sus vicios un editor responsable, como nosotros se lo hemos dado á nuestros periódicos.

El duende era á su vez una especie de espíritu familiar, un diablillo infantil que se entretenia en apagar la lumbre del hogar, en golpear las ventanas las noches de aire, en esconder en los sitios mas ocultos las llaves de las despensas, en apartar de la vista todo aquello que se busca con interés.

La candidez de esta credulidad nos dá derecho á reirnos de nuestros padres.

Hoy que el sol de la sabiduría humana lo ilumina todo, ¿quién se atreveria á creer en los maleficios de una bruja ó en las pueriles travesuras de los duendes?

Entonces se convirtió la ignorancia en credulidad.

Nuestros padres creyeron que era mas fácil la existencia de un espíritu revoltoso, que no que un hombre se desesperára buscando por todas partes las gafas que llevaba puestas.

Creian nuestros padres muy fácil que el duende descubriera á lo mejor, debajo de un mueble, ó detrás de una puerta, un baston sospechoso ó un billete incomprensible, porque les parecia increible que fuera tan frágil la honestidad de sus hijas ó la virtud de sus esposas.

Creian ellos entonces de las brujas y de los duendes, todo lo que nosotros creemos ahora de los hombres y de las mujeres.

Pero si á las brujas y á los duendes llevaron ellos los términos de su credulidad, nosotros en punto á creer hemos ido, como era natural, mucho mas lejos: el progreso es una ley inviolable.

Seria imposible hacerme creer que una vieja puede tener la facultad de abrir la ventana de su cuarto á las doce de la noche y echarse á volar con la misma facilidad que lo hacen los murciélagos.

Si se intentára hacernos creer esto, volveriamos la cabeza indignados de semejante pretension.

Pero cambiemos las condiciones de la maravilla.

No se trata de una vieja descarnada y repugnante.

Por el contrario, se trata de una jóven bella y nerviosa.

Tampoco se trata de que vuele sin alas, sino de que vea sin ojos.

Esto ya empieza á ser otra cosa.

Aquí no hay necesidad de ungüento diabólico, que á fuerza de fricciones despierte en ella la facultad de volar.

Basta que la voluntad poderosa de un hombre se reconcentre en sí misma con una intencion irresistible; basta que las manos de ese hombre pasen lentamente por la cabeza de la jóven y lancen sobre ella los torrentes de una luz invisible que se escapa por la punta de las uñas.

Primer momento de asombro: la jóven se ha dormido.

Este paso es preciso, porque lo primero es que ella ignore todo lo que sabe.

Una vez dormida, no hay secreto que no pueda estar en sus labios.

Sus ojos, que parecen muertos, no necesitan mas que una señal magnética para penetrar en lo mas recóndito de lo pasado, de lo presente y de lo futuro.

La bruja era hija del diablo, el magnetismo es hijo de la ciencia.

El diablo ha muerto y la ciencia nace.

Creian nuestros padres que el demonio podia fraguar toda clase de maldades; nosotros creemos mas, creemos que la ciencia puede hacer milagros.

Verdaderamente es risible la inocente creacion del duende.

Difícil es creer que una llave se esconda, que una puerta se cierre y que una luz se apague por el impulso misterioso de una mano invisible.

Pero si esta intervencion de un espíritu desocupado es increible, ¿qué vamos á hacer de nuestra credulidad?

Que los muebles anden, se muevan y se oculten, es fuerza que repugna á nuestra razon. Es mucho mas fácil que hablen.

Una mesa puede contestar á varias preguntas.

En cuanto á moverse, solo le permitimos que dé vueltas al rededor de sí misma.

Pero en punto á nuestra credulidad, tengo donde ir á buscar irrecusables testimonios.

¿Qué calvo es el que no cree en el último descubrimiento infalible para hacer nacer el pelo.

¿Quién niega su fe á todos y á cada uno de los artículos que se hallan contenidos en una botica?

¿Cuál es el hombre que no cree en su razon?

¿Hay alguna mujer, por viciosa que sea, que se niegue á creer en la virtud de un cosmético?

¿No es el sufragio universal un artículo de fe para una gran parte de los hombres?

¿Hay alguna perversidad que no se crea?

¿No creemos todos en el dinero?

¿Hay algun ministerio que no se crea fuerte?

¿Dónde está el partido que no se cree justo?

Apenas hay una mujer que se crea fea, un niño que no se crea hombre, un hombre que no se crea Dios.

Casi hemos agotado los límites de la credulidad.

Jamás se han creido tantos imposibles como ahora.

¿Qué inquieta credulidad no nos inspira el billete de la lotería que llevamos en el bolsillo?

Si no hubiera tanta credulidad, seria imposible abusar de ella de la manera que se abusa.

Nuestros padres eran mucho mas incrédulos que nosotros.

Ellos creian en Dios; nosotros creemos en el hombre.

Si hubieran sido tan crédulos como nosotros, esta época hubiera aparecido antes.

¡Se nos acusa de incrédulos! ¿Hay algun error en que no creamos?

En fin, estamos creyendo que al cabo de seis mil años el hombre va á cambiar de naturaleza.

Nuestros padres creian en la providencia; nosotros creemos en la fortuna.

Creian al hombre mejor de lo que era: nosotros lo creemos peor de lo que es.

José SELGAS.

Explicacion del figurin iluminado.

Trage de linó rosa.— El borde inferior de la enagua está guarnecido por un rizado escarolado de tafetan azul, que sube en línea recta de trecho en trecho. El espacio que separa los rizados es de 20 centímetros; la altura de ellos es tambien de 20 centímetros. Corpiño plegado, de nansouk blanco, montante, de mangas largas. Coselete, ó corpiño bajo, igual al trage, guarnecido como él, adornado en cada hombro con un lazo hecho de la misma tela, y con un rizado azul al rededor. Cinturon muy largo y muy ancho, igual al lazo, y sujeto por detrás al corpiño.

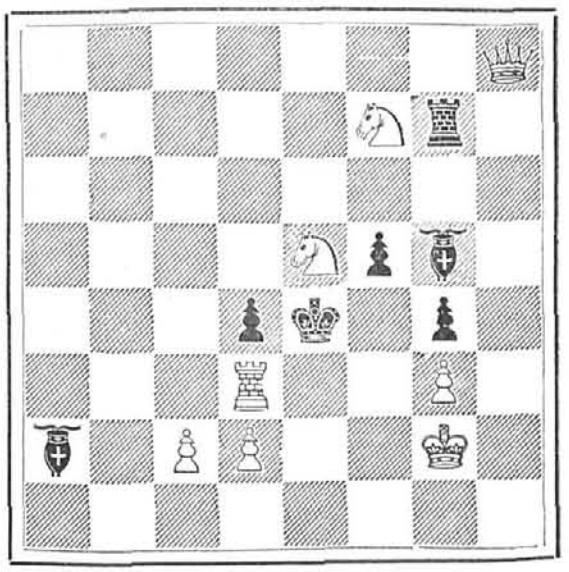
Niña de nueve años.—Trage de pelo de cabra blanco. Lo bajo de la enagua está recortado en puntas redondas, con ribete de cinta encarnada y un dibujo de trencilla del mismo color. Corpiño escotado con berta adornada como la enagua. Mangas cortas. Cinturon encarnado atado por detrás.

Niño de seis años.—Pantalon corto y ancho de popelina color de cuero, con guarnicion por los lados de trencilla negra. Chaqueta igual al pantalon, adornada con cascabelillos, y bordada de trencilla negra por todas las costuras. La chaqueta, algo corta, va sobre una camiseta blanca, con cuellos y puños lisos. Botitos de piel del color del vestido.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

PROBLEMA N.° 19, POR M. DE ZAMORA (DE ALMERIA).

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan las blancas y dan mate en 3 jugadas.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CÁDIZ 1864.—Imp. y litografía de la Revista Medica; Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

56 Rue Jacob, Paris

© Biblioteca Nacional de España